

## HISTORIAS A LA LUZ DE LA TUMBA

Si bien el programa general del XXVI Encuentro Nacional de Amantes del Teatro no incluía esta obra de Emilio Urióstegui es conveniente aclarar que fue invitada especialmente por las razones siguientes; primero por haber sido seleccionada en la edición del Encuentro 2013 como parte de lo mejor presentado en la edición XXV y segundo por no haber podido, la Compañía Quetzales de Coatzacoalcos, Veracruz, cumplir con su compromiso de presentar la obra Antígona de Sófocles por cuestiones que no viene al caso ventilar en este espacio.

Las “Historias...” del propio Urióstegui, autor y director, pasan del lirismo poético propio del romanticismo al jocoso y muy disfrutable juego fársico. En un espacio minimalista donde sobresale el remedo de vestigio de una tumba se van sucediendo las actuaciones de Julio Escartín y Sergio Cuellar. La primera historia, aunque previsible, tiene el encanto de ver a Cuellar interpretando primero a una vieja sin artificios, exageraciones o estereotipos... es decir un travestismo eficaz, convincente y sobrio y después la sombra de la muerta por la que el joven romántico (Escartín) da la vida. La segunda historia tiene como inspiración la escena I del acto tercero del “Sueño de una noche de verano” de Shakespeare; en aquella, los rústicos han encontrado en un claro del bosque el sitio perfecto para ensayar, en la historia de Urióstegui, dos actores resuelven ensayar “Don Juan Tenorio” en un cementerio. Con un diálogo ágil entreverando los versos de Zorrilla va surgiendo el natural miedo que a cualquiera se le presentaría al recordar el encuentro entre el convidado de piedra y el propio Don Juan. La escena va de la sonrisa compasiva al estallido de la sana carcajada. Por supuesto ambos personajes salen corriendo del cementerio uno de ellos cagándose materialmente de miedo. La tercera historia nos recuerda que en todo panteón hay enterradores, jardineros, personal de mantenimiento, vendedores de flores y administradores... cuando todos estos oficios son desempeñados por un solo personaje, que como diversión tiene el platicar con los muertos y saberse sus anécdotas, nos vamos preparando para una farsa desternillante y sabrosa, muy bien dirigida por cierto, más aún cuando se pide la colaboración de un espectador para que supla a un marido cornudo y al que sólo se le solicita mover la cabeza asentando cuanto se habla de la relación con su infiel mujer esta vez desempeñada, también con maestría, por Julio Escartín. En cada una de las historias se va dejando un elemento de aprendizaje nada despreciable para el espectador, reflexiones sobre la atracción a lo desconocido, el amor sin prejuicios al arte puro, a una imagen, a un sueño... el entendimiento, cariño y admiración entre las personas que trabajan en equipo... o las fallas de una

justicia misógina propia de nuestro medio. Un trabajo redondo de gran calidad y una muestra imborrable de solidaridad que mucho le agradecemos a Emilio, Julio y Sergio, entrañables compañeros de trinchera.

Mario Ficachi